

ESPERA

Delfina Careaga / Facultad de Filosofía y Letras

El pasto verde. Salpicado de relucientes motitas transparentes. Salgo al jardín a esperar. (Esto en realidad no tiene ninguna importancia, porque esté donde esté siempre espero.) Ahora orina un perro el árbol frondoso que tanto me gusta. El perro orina y yo no puedo quitarle la vista.

Siento su nariz húmeda cómo olfatea varias veces el tronco; cuando levanta la pata en un movimiento atávico y cuando después de orinar, rasca la tierra con las patas traseras.

Esto es una realidad. Será por eso que no puedo quitar la vista de ello. Me lo repito: es una realidad, porque últimamente me dicen que lo que veo no existe.

Precisamente en el jardín, veo todas las veces que voy a una perrita negra, que me habla de cosas que después no recuerdo bien, pero que siento al oírlas, que esa espera de que hablo, espera un poco.

Me han dicho. He sabido que los perros no hablan, pero éste sí que lo hace.

También en el jardín encuentro una mujer, a veces joven, a veces vieja, pero siempre la misma con un sombrero de paja ajustado con un listón debajo del cuello, que delante de mí pone letreros luminosos con palabras extrañas que entran en mis ojos. Estos letreros que cambia mecánicamente con su sonrisa mecánica, los pone y los quita como si fueran transparencias del viaje de alguien que, con orgullo, invita a sus amigos a que las vean.

Los carteles dicen algo de amor, dicen también palabras como verdad, hombre, razón, vida (éste siempre es rojo). Al acabar de pasar todos ellos, me presenta uno más pequeño que los otros, en donde dice la palabra "misterio". Desaparece y yo vuelvo a meterme en el saco roto de la espera.

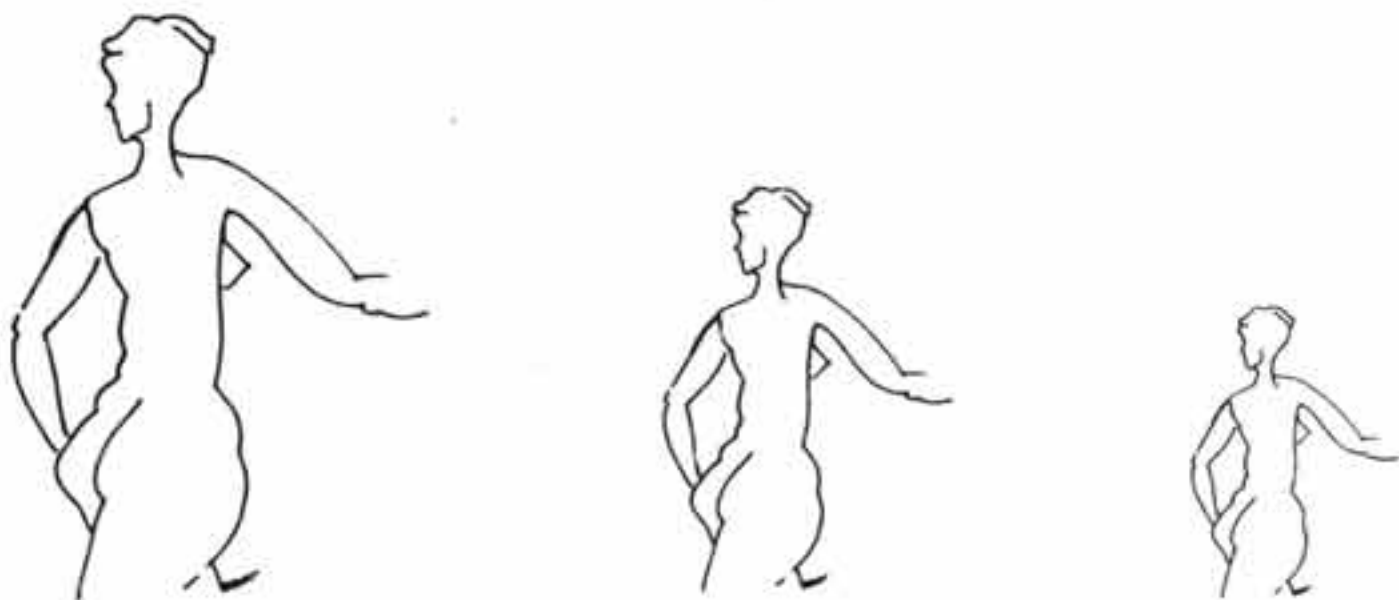
Me regañan porque me escapo siempre que puedo para venir aquí.

Las fuentes.

Ver el agua me aplaca esta sed que no puedo dejar de sentir. Luego, al mediodía, cuando esas plantas grandes, casi como arbustos se pintan de amarillo, el buen humor que me invade se desborda en risotadas. Pero es entonces cuando casi siempre me vuelven a meter a la casa. Como si la libertad mía consistiera en el sonido que produzco.

Las casas sirven para tener ventanas y ver un árbol a través de ellas. Yo he estado en muchas, dentro de habitaciones de ventanas chicas, grandes, redondas algunas veces, con balcones, y es lo único que ha sido mío. En todas estas ventanas he dejado mis ojos pegados como calcomanías en sus vidrios.

Una vez quise pasar enfrente de todas ellas; de todas las ventanas en que he estado, y me sorprendió mucho los ojos que dejé impresos, porque todos son diferentes. Lo único que los iguala, es lo abierto que están y la expresión de lejana ausencia.



En una ocasión, me llevaron al oculista porque decían que no veía bien, y me pusieron anteojos; pero no es cierto. No lo creas. Los lentes los tiré un día al paso del cura de la iglesia de la colonia, de tal forma que no pudo evitar pisarlos. Yó sé bien que no los necesito. En esta última ventana en que habito ahora, distingo los hombres, las avenidas, las puertas (me gusta mucho poder ver a través de las ventanas), de más de veinte o treinta cuadras, pero todo envuelto en un color cenizo. Posiblemente sea esto lo que me exige ponerme anteojos.

Es otra cosa en el jardín.

Ahí sí que hay colores. Yo puedo pasarme toda mi vida sentada en la banca del parque. Juego a ser muchas cosas, por ejemplo: a que estoy casada y tengo una casa (sin ventanas) en donde el tiempo desaparece entre las labores domésticas que hacen las señoras. Otras veces, a que soy una magnífica pianista que recorre el mundo tocando en grandes conciertos (pero en estas ocasiones,, el piano está dentro de mi vientre, lo cargo permanentemente, y en los conciertos me desnudo y rasco mi barriga y es así como digo todo lo que nadie podría escuchar de otra forma). También juego a vivir como los demás, pero este último entretenimiento sucede raras veces, porque me cansa muy pronto. Cuando lo termino estoy tan fatigada que no puedo dar ni un paso. El más bonito de todos es el que me convierte en mariposa —de esas pequeñas, de alas transparentes y de olores, con la espalda roja—, entonces puedo jugar todo el día recorriendo las inimaginables distancias de una flor a otra. Me integro tanto en este juego, que acabo por ser mariposa y flor a la vez.

Los niños me horrorizan. Son como enanos que tienen conciencia de que no la tienen y por eso son crueles, feroces. En cambio, los perros son mis amigos. Hablan el lenguaje de la música, o del mar, o de una planta cuando crece. A ellos sí los entiendo.

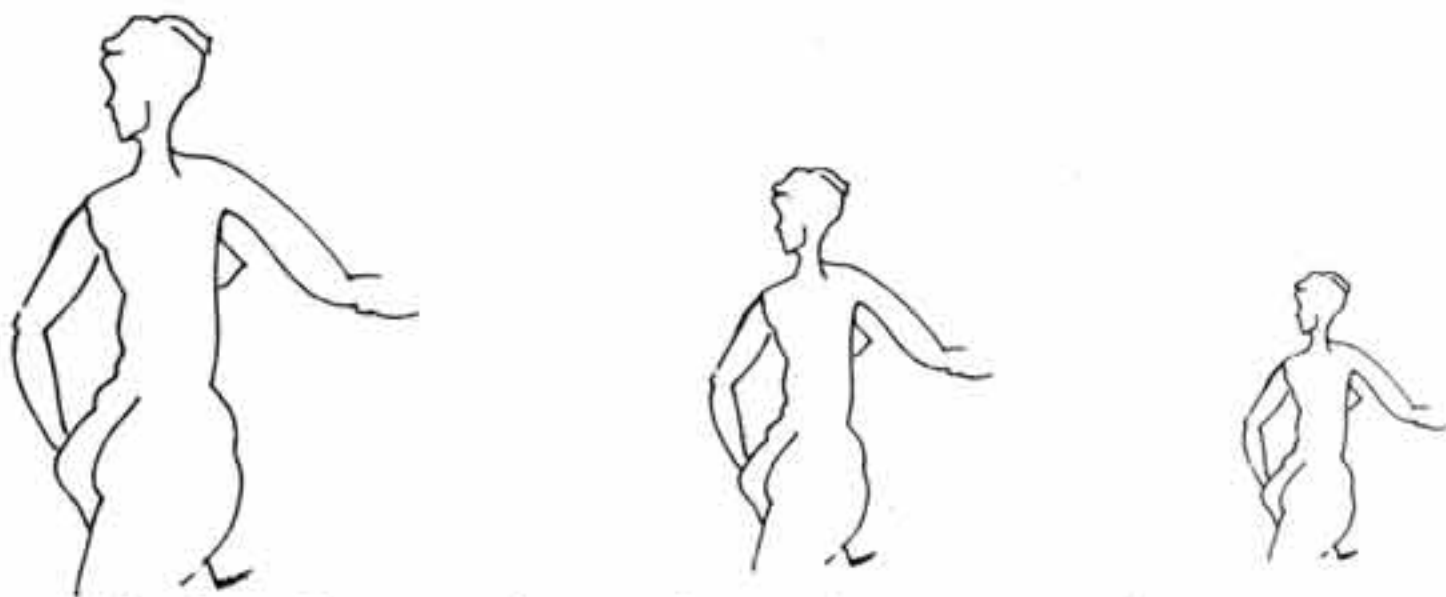
Pero me han dicho que ellos no hablan. Es cuando desesperada me fijo en algo que todos ven y repito que eso es la realidad. Yo quisiera que alguien me dijera, en esos momentos, por qué la desesperanza me aprieta más que nunca mi cuello tan frágil.

Hacía tres años que nuestro matrimonio nos proporcionaba una inigualable dicha. Sin embargo y poco a poco, empecé a fijarme que él se alejaba con una mirada vaga de la realidad. Al principio no quise alarmarme, pero después estas huidas se hicieron cada vez más frecuentes hasta que hubo un día en que lo tuve que internar en un sanatorio —elegante, caro y lúgubre— para enfermos mentales. Me vi precisada a tomar tal medida porque su angustia hacía crisis en serios ataques de miedo. Decía sentir la casa como una cárcel opresiva, entonces, desesperada, lo llevaba a la calle y su opresión se convertía en un desamparo intolerable, por lo que regresábamos violentamente a encerrarnos. Después de un momento de serenidad, se ovillaba en convulsiones tremendas de pánico.

No me decidía a internarlo, a pesar de las estrictas instrucciones del psiquiatra que lo atendía. Pero hubo un día en que en terrible lucha para que no se matara, irremediablemente debí de hacerlo.

Los primeros meses fueron muy duros. Los días de visita eran los jueves, que esperaba con desgarramientos desde el instante en que salía del sanatorio. Me conformaba sólo con verlo a través de una ventanita por la cual lo advertía en la penumbra —no soportaba la luz— con esa mirada sin reflejos, sentado en su cama y atrapado en la camisa de fuerza.

En una ocasión se me ocurrió hablar como él lo hacía antes conmigo. Hurgué en mi cerebro para que la imaginación me dictara aquello que pudiera escuchar, comprender.



Con gran alegría pude comprobar que de esta forma reaccionaba positivamente, a tal grado que después de varios meses le quitaron la camisa de fuerza y se acercaba a la ventanita para oírme.

Todos los jueves de cada semana, de todos los meses, de año por año, comenzaba detrás de su puerta el relato fantástico, hasta que en su semblante se veía el relajamiento de los músculos de su cara y de su cuerpo. Sólo así conseguí su confianza; entonces se me abrió la entrada al mundo increíble de agudas percepciones en donde todo era bello y terrible.

El doctor que lo atendía, me recomendó que redujera gradualmente mis historias y que intercalara en ellas lo objetivo. El caso es que poco a poco empezó mi enfermo a superar el inmenso miedo a la realidad. Al principio, yo salía del sanatorio cansada y me costaba mucho trabajo reconocer la normalidad de la vida.

Después, cuando mejoraba a pasos lentos, no pude reprimir la esperanza de que algún día comenzáramos a vivir juntos y a gozar como al principio.

Por fin, un jueves en que la impaciencia me agobiaba, llegué al sanatorio para llevármelo de ahí definitivamente pues el doctor hacía un mes que lo diera de alta aunque quiso aguardar ese tiempo para estar seguro de su curación total.

Cuando llegamos a la casa que dejara seis años atrás, noté en él como un disgusto oculto. Pero me repuse cuando sentí que lo rebasaba al levantarme entre sus brazos y entrar alegre a nuestro hogar.

Todo iba bien. Teníamos una posición económica solvente, por lo que le propuse que viajáramos. Sin embargo, él no aceptó argumentando que deseaba pasar algún tiempo en nuestra casa para terminar de romper con la angustia que antes le había producido. Supuse que tenía razón y accedí.

No obstante todos los cuidados que le prodigaba, además de seguir al pie de la letra las indicaciones de sus médicos, al cabo de unos meses comprobé horrorizada que su mente seguía enferma. Creí en ese momento que yo también me volvería loca, pero de terror.

.....

Una noche le pedí que volviera a contarme aquel cuento del jardín encantado (se lo dije así, para que no sospechara nada), pero no quiso. Se negó siempre que se lo pedí. No sé por qué lo hizo. Ya no la comprendía.

Realmente no supe que estaba muerta, hasta que sentí el peso de su cabeza que caía a un lado de ese delicado cuello que apreté con frenesí.

Libre, ahora, estoy dispuesto a recorrer todo el mundo en busca del parque en donde una mujer me espera para pasar letreros luminosos y los perros tienen comunicación con los humanos. Necesito ir ahí, sólo ahí, porque sé que es el único lugar en donde podré jugar, como ella lo hizo antes.

Yo creo que en donde se encuentre ahora, me ha de estar agradecida, porque —ahora me doy cuenta— la pobrecita ¡cómo habrá sufrido en este mundo tan incomprensible! Me arrepiento de no haberlo hecho antes. Ahora sé, también, que la desesperación que sentía, encerrada en esta inmensa casa, la estaba volviendo loca.

Estoy seguro que cuando encuentre ese jardín, voy a dejar para siempre esta angustia de esperar, de esperar, de esperar de esperar. . .